

Detectives **en Mar del Plata**

La última pieza

María Brandán Aráoz

Ilustraciones de Pez

loqueleg

*A mi marido y a mis hijas Mery, Dolo y Magui,
por su apoyo y su confianza.
A mis queridos lectores, que me pidieron con
insistencia otra novela de detectives.*

CAPÍTULO 1

ASALTO EN LOS TRONCOS

Era una noche oscura y fría de mediados de noviembre, la más invernal del año en el barrio Los Troncos, de Mar del Plata, pese a estar en plena primavera.

Una casona de estilo colonial inglés permanecía a oscuras salvo por la débil luz de un farol del porche. Sobre la calle Almafuerte, la mansión se alzaba solitaria y majestuosa, custodiada por frondosos árboles, en un terreno que ocupaba toda la manzana. El jardín estaba rodeado por una cerca de ligustrina con alambrado y tenía un antiguo portón de madera al frente. Parecía inexpugnable, pero no lo era.

A las cuatro de la madrugada, dos sombras furtivas se colaron por un hueco abierto en el alambrado y entre las ligustrinas. El primer hombre, un cuarentón, bajo y delgado, de andar sigiloso, cargaba una mochila a la espalda y traía un revólver enfundado en la cintura. “Trabé la alarma de la entrada con un dispositivo, pero solo tenemos quince minutos para terminar el trabajo y rajarnos antes de que

empiecen a sonar las sirenas”, le había advertido un rato antes al cómplice. El segundo hombre, un joven macizo y de andar pesado, asintió entre resoplidos forcejeando por introducir su cuerpo robusto en el cerco sin soltar la navaja que sostenía en la mano izquierda.

Los delincuentes —ambos usaban pasamontañas— se precipitaron en el jardín y, zigzagueando entre árboles centenarios y plantas espinosas, llegaron a la entrada de servicio del caserón. El primer hombre forzó la puerta con una barreta y entraron sin hacer ruido.

El interior de la casona estaba por completo a oscuras. Al llegar al living-comedor y a una escalera caracol por la que se accedía a la planta alta, ambos aguzaron el oído: una doble sucesión de ronquidos delataba la presencia de los dueños de casa profundamente dormidos.

“Yo saco los fajos de la caja, mientras vos vigilás a los vejetes”, le había ordenado el primer hombre al segundo al planear el robo.

Se entendieron por señas y cada uno se dirigió a cumplir con lo suyo.

Ya en el comedor, el delincuente cuarentón iluminó con su linterna una pared lateral hasta descubrir un cuadro de un paisaje invernal titulado Quebec. Al correrlo, dejó al descubierto una caja de

seguridad de puerta metálica. Sacó del bolsillo una llave y la abrió con precisos giros de sus dedos enguantados; con esa facilidad de quien conoce a fondo el oficio. Iluminó con la linterna los fajos de billetes de cien dólares, introdujo cinco pilones entre las ropas y, mecánicamente, guardó los restantes en la mochila azul que llevaba a la espalda. Aún faltaba el hallazgo principal, pero la caja ya estaba vacía. Tanteó con desesperación el interior buscando un compartimento secreto. Nada. La última pieza no estaba allí. Solo encontró un papel escrito que, al leerlo bajo el haz de luz, le arrancó una exclamación de triunfo. “¡Esto no se termina acá!”, se juramentó. Cerró la caja, ubicó el cuadro en la posición anterior y miró su reloj: habían pasado solo tres minutos. Se disponía a guardar la llave, enganchada a un llavero de plástico celeste, cuando oyó gritos. Luego, más gritos, ruidos y turbulencia de pasos provenientes de las escaleras.

Con un movimiento brusco, metió la llave en el bolsillo, y desenfundó el revólver. Al pasar por el comedor, tomó un almohadón de una silla y corrió.

Un anciano de apariencia frágil pero plétorico de furia se había trabado en lucha con el segundo hombre. Aunque llevaba las de perder —el delincuente joven lo sujetaba del cuello con el brazo izquierdo apuntándole con la navaja a la yugular—, el viejo no se rendía. Pese a las súplicas y los alaridos de su

anciana y robusta mujer, que trataba en vano de detener la lucha entre ambos.

Decidido a amedrentarlos, el primer hombre disparó el revólver dos veces a través del almohadón. Una bala la incrustó, intencionalmente, en la pared, a centímetros de la cabeza del anciano, desprendiendo un trozo de revoque, y la otra le rozó el brazo.

El viejo cayó sentado en un peldaño, estremecido por el impacto miraba incrédulo el hilo de sangre que brotaba de su antebrazo. La anciana se arrojó sobre él cubriéndolo con su cuerpo.

—¡Llévense la plata y váyanse! ¡No nos maten! —exclamó en medio de sollozos. El viejo la abrazó sin decir nada, pero bajó la cabeza como asintiendo.

—Antes, tendrá que desconectar las alarmas, madame —ordenó el primer hombre con voz gangosa, y dirigiéndose a su cómplice agregó—: Llévala hasta el portón de la entrada y asegurate de que lo haga o liquidado al viejo. ¡Rápido! En cinco minutos van a sonar.

El delincuente joven arrastró a la anciana hasta la puerta principal y ambos se internaron en el jardín.

Apenas salieron, el primer hombre apoyó el caño del revólver sobre el pecho del anciano y lo amenazó:

—Vuelvan mañana a su país y olvidense de lo que pasó acá esta noche. Si hacen la denuncia a la

policía, estarán muertos antes de llegar al aeropuerto. Mi gente irá detrás de ustedes para asegurarse de que cumplan o mueran.

Entre tanto, un joven pelilargo vigilaba la esquina esperando la salida de sus cómplices. De improviso, vio una silueta en medio de la penumbra; el hombre salió de atrás de un aguaribay subido a una bicicleta y lo enfocó con su faro diminuto. En un intercambio de miradas, ambos se reconocieron. El que oficiaba de campana se le cruzó adelante:

—Vos nunca me viste acá, ¿entendiste? Si abris la boca, te reviento —lo amenazó furioso blandiendo una navaja.

Veinte minutos después, los delincuentes abandonaban el jardín por el mismo lugar por donde habían entrado. El segundo hombre se sacó el pasamontañas y los guantes, y los colgó del cinturón; le goteaba la frente y tenía las manos transpiradas; por un momento había temido que su jefe liquidara al vejete. “El tipo está medio loco, tengo que andar con cuidado”, pensó. Aunque la mochila azul que cargaba ahora, con su parte del botín, le infundió ánimos.

El primer hombre tanteó los fajos que escondía entre las ropas. “Cien mil dólares; nada mal para el trabajo de una noche. Y esto es solo el comienzo”,

razonó. Se sonrió con desprecio ante el recuerdo de la pareja de ancianos canadienses, atados, amordazados y desplumados en la lujosa mansión de Los Troncos. Pero enseguida dejó de pensar en ellos para concentrarse en el próximo trabajo: la pieza no encontrada.

Los delincuentes se separaron y cada uno rumbeó para un lado distinto.

Esa noche, al desvestirse, el joven robusto advirtió que tenía un solo guante colgado a la cintura. “Se me habrá caído mientras venía en la moto. Y, si no fue así, tendré que volver a la casa para buscarlo”, pensó. Pero más lo preocupaba el relato del pelilargo sobre la presencia de un posible testigo. Aunque era mejor que el jefe no se enterara de “esos detalles”.



CAPÍTULO 2

MAURO TIENE PODER

El martes primero de diciembre había amanecido radiante de sol y caluroso como un día de pleno verano. “Lástima que no estemos en la playa, en las sierras o en una quinta con pileta, sino en la ciudad”, pensó Adela Obarrio mirando con impaciencia a su alrededor.

Había quedado en encontrarse con su novio, Mauro Fromm, y sus vecinos y amigos, Inés y Pablo Aguilar, a las diez en punto en la plaza cercana a la Facultad de Derecho. Pero a las once pasadas ninguno había dado señales de vida.

Guardiana, sujeta con firmeza por la correa, daba vueltas alrededor de Adela con mayor impaciencia todavía. Ver rondar a los paseadores con ramilletes de perros de todas las razas, y que no le permitieran acercárseles, era la peor tortura para la dóberman. Decidida a usar sus encantos, trepó al regazo de Adela y empezó a aullar con aires de mártir.

—¡No, Guardiana! Esta vez no te voy a soltar. Te encanta desafiar a esos perros enormes y

camorroneros y después yo no te puedo defender. Cuando venga Mauro, puede ser...

Al oír el nombre familiar, Guardiania bajó de un salto y tomó posición de alerta.

No estaba equivocada: Mauro, más alto y fornido a los veintiún años recién cumplidos, pero tan rubio y sonriente como siempre, caminaba a zancadas por el puente que unía la avenida Figueroa Alcorta con la plaza de la facultad. Al verlo, Guardiania tiró al máximo de la correa y a ladridos llamó la atención de Adela. La llegada del joven, al que llamaban Sherlock por sus increíbles dotes detectivescas, era inminente.

Mauro no venía solo: tapados por su tamaño y su desenvoltura lo seguían a poca distancia los hermanos Inés y Pablo.

En otro momento, Adela hubiera corrido a abrazar a su novio y a darle un beso, pero la hora de demora le había enfriado el romanticismo. Algo malhumorada, se limitó a agitar la mano sin abandonar la posición de loto en el pasto.

En cambio, Mauro sí corrió y, al llegar a ella, bajó de su metro ochenta y seis para acuclillársele delante con expresión contrita.

—¡Perdón, perdón, perdón! —exageró, juntando las manos en ademán de súplica—. Walter me frenó en casa justo cuando salía para acá, y no

paró de hablarme durante más de media hora. Era algo importante, no pude zafar.

—¡Dejá de hacerte el payaso, que los paseadores nos miran! —rio Adela, entre conmovida y avergonzada. “Pero el beso no te lo doy porque seguro que ya salías tarde”, pensó, mientras le ofrecía de refilón la mejilla.

En ese momento, la llegada de Inés y Pablo le dio el pretexto ideal para interrumpir la escena. Adela se paró de un salto y fue a recibir a sus amigos.

—¿Y a ustedes qué les pasó? Esperen, no me digan, déjenme que adivine: Pablo se puso a arreglar algún artefacto descompuesto, y vos, Inés, te quedaste dormida —dijo con fingida severidad.

—¡Sos bruja! Aunque yo no llamaría artefacto a mi impresora —aceptó, a medias, Pablo.

—Ade, perdoname, te juro que puse la alarma del celular temprano, pero no sonó —explicó Inés, compradora, pasando el brazo por los hombros de su mejor amiga.

—Sonó, lo que pasa es que te lo olvidaste en la cocina anoche, después de hablar una hora con Nicocodrilo. ¿Por qué lo atendés a ese pibe? ¡Es un mentiroso y un colgado!

Inés lo fulminó con la mirada, pero Pablo ni se inmutó; estaba decidido a sacarle la venda de los ojos a su única hermana, costara lo que costase.

Mauro, ansioso por calmar los ánimos y retomar el protagonismo, como era su costumbre, interrumpió con voz de trueno:

—¡Cambiamos de tema! Tengo una excelente noticia que darles. Sentémonos en el pasto, al solcito, y les cuento.

Esperó con parsimonia a que todos lo hicieran y, tras una pausa para aumentar el suspenso, anunció:

—Nos vamos los cuatro a Mar del Plata por una semana o diez días. ¿Qué me dicen? ¿Tienen ganas?

—¡Ganas me sobran! Dentro de tres semanas rindo el último final, ya me sé todo y estoy harto de estudiar. Aunque plata para ir no tengo; este año los libros de ingeniería me salieron carísimos y no puedo tocar mis ahorros porque son para comprarme una moto —se sinceró Pablo.

—Mauro, a mí también me encantaría, pero todavía no pude conseguir trabajo y tampoco tengo un peso —coincidió Adela.

—Es una invitación con casa y comida. Voy en una misión de negocios, con todos los gastos incluidos: míos, de ustedes y de Guardiania, como compañeros de trabajo.

—¿Misión de negocios? ¡No te mandes la parte! Si es una de tus bromas... —saltó Inés, desconfiada.

—¡Déjenme que les cuente, sin interrumpir! La misión es vender una casa de mis tíos, que acaba de desocuparse, en el barrio de Los Troncos. Como ya cumplí veintiuno, me mandaron un poder general para firmar el boleto y la escritura. Ellos no pueden venir desde Berlín y surgió un interesado que quiere comprarla ahora y a buen precio. Walter no puede acompañarnos para concretar la operación (por todos los problemas que tiene con el campo de Entre Ríos), pero Moreno y Victoria (¿no es increíble que su tía y el ex comisario ya cumplan dos años de casados?) aceptaron venir con nosotros. Iban a hablar con los padres de todos esta mañana misma. Si no me creen, esperen a llegar a sus casas y enterarse de las novedades.

No fue necesaria la espera: en aquel momento, Inés y Pablo recibieron sendos mensajes en sus teléfonos celulares.

—Es mamá, dice que volvamos temprano para ordenar el cuarto y preparar la ropa... —empezó a decir Inés, sorprendida.

—¡...porque nos vamos el viernes a Mar del Plata! —concluyó, Pablo, feliz.

—Supongo que Victoria también habrá convencido a mamá y a papá. ¿Cómo hará Mauro para salirse siempre con la suya? —les preguntó Adela a los otros con ironía.

—¡Rompiendo la paciencia de todo el mundo! —intervino risueña Inés.

Y mientras celebraban la salida a carcajadas, incluido Mauro, Adela pensó que, después de todo, debería darle el abrazo y el beso que antes le había negado. “Esta vez sí que se lo merece, por invitar también a Guardiania”, pensó emocionada.

La dóberman, contagiada de la alegría general, aprovechó que su dueña había aflojado el sostén de la correa para dar un tirón y liberarse. Después trotó, feliz, hacia tantos perros de razas diferentes conducidos por los paseadores. Ladridos, gruñidos y aullidos fueron el recibimiento más emocionante de aquella aburrida mañana. ¡Eso sí que era vida para una perra!

—¡Chicos, corramos! ¡Que esos perrazos me la matan! —gritó Adela, desesperada.

Los cuatro detectives expertos en misterios se lanzaron esta vez al rescate de Guardiania, algo acobardada de pronto ante una jauría de perrazos fieros y ladradores.

Tras liberar a la dóberman sana y salva, Mauro se despidió de su novia y sus amigos, y partió

a la carrera hacia su departamento de Palermo; Walter, su tutor, lo esperaba para compartir unos ravioles caseros preparados por Ceferina, la cocinera, y ultimar los detalles del viaje y de la misión de negocios encomendada.

Los hermanos Aguilar y Adela, con la dóberman bien sujeta de la correa, recorrieron juntos las tres cuadras que los separaban de sus respectivos edificios de departamentos en la avenida Pueyrredón. Pablo iba adelante, silbando bajito y pensando en lo primero que tenía que hacer antes de partir a Mar del Plata. “Llamarla a Julieta a Washington para contarle la novedad. ¡Que sepa que no es la única en irse de vacaciones! Así le da un poco de celos al saber que yo también ando suelto por ahí”. Su novia cordobesa no había venido a verlo a Buenos Aires por visitar a una amiga que vivía en los Estados Unidos. Eso le había caído muy mal. “Nos vimos bastante poco durante todo el año: vino cuatro días en abril y cinco en julio. Podría haberse quedado acá y pasar unos días en Buenos Aires, conmigo”, se dijo algo enojado. Pero enseguida cambió de idea. “Soy un egoísta. ¿Cómo iba a perderse la oportunidad de un viaje así?”. Y apuró el paso, porque pensar en ella le había despertado unas ganas irreprimibles de chatear y verla

a través de la camarita o, si no estaba conectada, al menos de oír su voz en el teléfono.

Algo rezagadas, Inés y Adela hablaban de temas más prosaicos.

—Ay, ¡qué olor espantoso tiene Guardiania! Peor que antes, después de juntarse con esos perrazos. No podés subirla al auto así el viernes. Cuatro horas de viaje con esa baranda... ¡Me da un ataque!

—¡Tampoco exageres, Inés! Es una perra, no pretenderás que huela a... jazmines —protestó Adela, algo ofendida.

—Sabés que soy alérgica a los olores asquerosos. ¡Tenés que bañarla hoy mismo y el día antes de viajar también! ¿Y si la mandamos en algún transporte? Hay empresas que llevan animales en jaulas y...

—¡Ni loca! Vendrá con nosotros en la camioneta de Victoria, como cuando fuimos a Córdoba —y al ver la nariz fruncida de su amiga, agregó—: Está bien, Ine, apenas llegue a casa la meto en la bañera... con espuma, y el jueves de nuevo. ¡Va a quedar impecable!

Guardiana, como si presintiera un futuro nefasto, trotó alrededor de su dueña y empezó a ladrarles a ambas. Por la miradas que le dirigieron, severa la de Inés y compasiva la de Adela, comprendió que se le avecinaba un destino ingrato.